



VISTA DE LA CASA DEL SEÑOR MADDOZ EN ZARAUZ.

Como complemento del artículo *Zarauz* publicado en el número 4 del presente año, damos la vista de la casa de recreo que el Sr. D. Pascual Maddoz posee en la indicada villa, y de la que se hizo mención en el artículo á que correspondía esta lámina, y al que por no haber llegado á tiempo el dibujo no pudo acompañar. Hace notable muy particularmente la costosa casa cuya vista ofrecemos á nuestros lectores, la circunstancia de que en ella ha sido redactado en gran parte el célebre *Diccionario geográfico-estadístico-histórico*, que nuestra patria debe al indisputable talento y carácter infatigable del Sr. Maddoz.

Aprovechamos esta oportunidad para publicar la bella traducción que Madama Fereal ha hecho de una octava escrita por la señorita Carolina Coronado en la corona poética dedicada á la anjelical y malograda hija del Sr. Maddoz.

Hé aquí el original y la traducción:

Tú pensaste que el mar era tu cuna
Y te adormiste en él tranquilamente;
No ha sido para ti poca fortuna
Despertar en la gloria, de repente;
¡Hija del alma! no hay vida ninguna
Que no arrostre el furor de una corriente,
Y si nos ha de ahogar ¡ay! la del llanto,
La del mar es mejor — no amarga tanto!
CAROLINA CORONADO.

Prenant pour ton berceau la profonde lagune
Dans son sein orageux calme, tu l'endormis:
Et sans avoir souffert, pour toi quelle fortune!
Tu t'éveillas auprès des anges tes amis.
Douce enfant! l'existence où l'on voit plus de charmes
A des courants trompeurs est livrée en naissant;
Et si l'on doit, hélas! s'abîmer dans les larmes,
Mieux vaut la mer — plus doux sera son flot puissant!
V. DE FERREAL.

LITERATURA EN CHILE.

ARAUCO DOMADO, poema de D. Pedro de Oña.

ARTÍCULO 1.º

«Donde ha habido tanta bravosidad de armas, no faltará la suavidad y belleza de las letras de sus propios hijos.»
Había corrido la mayor parte de 1611, cuando estampaba estas

palabras el autor de los *Comentarios Reales del Perú*, al enumerar lo mucho que tenían que decir los que escribiesen los sucesos del reino de Chile; teatro de porfiada lucha entre españoles y araucanos.

Ignoraba el buen Yuca que entre los orígenes del Bio-Bio, entre las murallas mal seguras de un fuerte avanzado en el desierto, había nacido uno de los historiadores de su patria. Y no solo había nacido, sino que corría ya desde seis años atrás la segunda edición de su obra. A quien aludimos es al licenciado D. Pedro de Oña; la obra, el poema *Arauco Domado*, escrito en diez y nueve cantos y dirigido á D. Hurtado de Mendoza.

Pedro de Oña nació en la ciudad de los Confines, última de las siete que fundó Valdivia en el territorio Araucano, á la margen oriental del Bio-Bio veinte leguas de Concepción. Conservó su nombre aquella ciudad, á pesar de que al cambiar de situación mediante el gobierno de D. García (1306) debía denominarse ciudad de los Infantes por orden de aquel gobernador. Pedro de Oña, devotísimo de la casa de Mendoza, y orgulloso de su misión, se llama, al frente de su poema, *natural de los Infantes de Eugol en Chile*, desvaneciendo así toda duda acerca de su origen. Fué su padre el capitán Gregorio de Oña, el cual murió peleando en la guerra de Chile en las filas del ejército de D. García de Mendoza. No puede leerse sin emoción la estrofa que el hijo le consagra en el noveno canto, al folio 155 vuelto, de la edición de 1605.

Y tú, mi padre caro, mas perdona,
que no he de dar motivo con loarte
á que diciendo alguno que soy parte,
ofenda mi verdad y tu persona:
Por esto callaré lo que pregonar
la voz universal en toda parte,
y perderás por ser mi padre amado,
lo que por ser tu hijo yo he ganado.

Se ha conservado la ortografía de la citada edición. El apellido de Oña no es oscuro en América, particularmente en los primeros tiempos de la dominación española. Un Oña del mismo nombre del poeta fué Maestre de Campo de D. Diego de Almagro, durante las guerras civiles; y el primer Provincial de la orden religiosa de S. Francisco en aquel mismo reino, fué Fray Luis de Oña por los años de 1553. En el antiguo Reino de Quito existió también una villa de Oña en la latitud de 3º 21', no sabemos si denominaba así en recuerdo de su fundador ó de los lugares de España que tengan igual nombre.

Segun el testimonio del abate D. Juan Antonio Molina, fué siempre muy estimada en Chile la ciencia de las leyes; y muchos jóvenes

2 DE MANZO DE 1851.

chilenos pasaban á instruirse al Perú, donde aquella facultad se enseñaba con particular aplauso. De este número debió ser el licenciado Pedro de Oña, pues al frente de su poema se da el título de *colegial del Real colegio mayor de San Felipe y San Marcos de Lima*. No sabemos de que edad era cuando pasó al Perú; pero se infiere que no debía ser muy niño entonces, puesto que había podido adquirir de los propios indios el conocimiento de sus costumbres, de sus prácticas religiosas y de su idioma:

Hélo sabido yo de muchos de ellos,
por ser en su país mi patria amada,
y conocer su frasis, lengua y modo,
que para darme crédito es el todo.

La primera producción literaria que salió de su pluma fué el *Arauco Domado*, impresa por la primera vez en la ciudad de los Reyes el año de 1596. Trece años después publicó en la misma ciudad otro poema en un solo canto en octavas con el título: *Temblor de Lima en el año 1609*. A mas de estos escritos conocemos del mismo autor una *canción real*, impresa al frente de un libro consagrado á los méritos y milagros de S. Francisco Solano: en esta canción se recojen las *escellenias del santo derramadas por aquel docto libro* haciendo el autor que las refiera el río de Lima al Tiber de Roma. Un soneto de Oña á la Universidad de S. Marcos de Lima se halla á la cabeza de la primera publicación de las *Instituciones y ordenanzas* de aquel cuerpo, año de 1602.

En la silva segunda de *Laurel de Apolo*, Lope de Vega atribuye á Oña un

«Poema heroico, armonioso, suave
del Patriarca Ignacio de Loyola.»

el cual le hallamos incluido en el catálogo de poemas épicos que trae el Sr. Gil y Zárate en su *Manual de Literatura*: bajo el título de Ignacio de Cantabria.

En el canto segundo del *Arauco domado*, en una de las veces en que se dirige el autor al gobernador Mendoza, le promete vestir en *traje pastoril* sus venturosos lances en la Corte; palabras con que promete, sin duda, otra obra poética sobre las aventuras de su héroe en la ciudad, ensayando en ella otro género de estilo y de composición. De los escritores que se hallan en las circunstancias de Oña por el lugar y época del nacimiento, son poquitas las noticias que se tienen; esas mismas se hallan diseminadas en libros escasos, oscuros, y faltos absolutamente de método.

La acción del poema *Arauco Domado* empieza por la pintura del Estado de Chile:

Cuando por las victorias alcanzadas,
Arauco amenazaba al mismo cielo,
teniendo tan en poco lo del suelo,
para con el rigor de sus espadas;
y cuando sobre picas levantadas
(ó lúgubre espectáculo y señuelo)
andaban las católicas cabezas
cortadas de sus troncos hechos piezas
De blancos luceros blanca parecía
la verde superficie de la tierra,
y á las corrientes claras de la sierra
la derramada sangre enrojecía...

A tierra Tucapel y Rengo espanta
Brama Lincoya, y muéstrase valiente,
por ver su fuerza idólatra crecida
y la del fiel ejército perdida.

Diez y siete cantos se consagran á la relación de los hechos que empiezan en 1537 con el desembarco de las tropas de Mendoza y termina con la batalla naval que D. Beltrán de Castro dió el pirata inglés Havokins. Promete Oña al terminar su poema una segunda parte escrita

«Con pié mas lento y mano mas fecunda»

pero nunca la publicó estando al testimonio de las *Bibliotecas* mas acreditadas.

El *Arauco Domado* como los otros poemas sobre la misma materia pierden de su mérito por el paralelo que han de sostener con la Araucana. Infinita es la distancia entre este y aquel, mas no por eso merecen el olvido las sencillas estancias de Oña. Su libro es precioso, no solo por lo raro que se ha hecho en el mundo, sino porque es una de las fuentes á que se ocurre á beber la verdad cuando se ha de escribir sobre ciertos períodos de la primitiva historia de Chile. Para este rico y ya ilustrado país milita también una razón especial de aprecio hacia Oña, pues de él puede decirse como de Ercilla:

Que en el heroico veno fué el primero
que honró á su patria...

Nosotros no elojaremos este poema ni haremos crítica de sus imperfecciones. En cuanto á su estructura sería injusto exigirle la armazón épica cuando su autor, como dice Quintana con propósito análogo al nuestro, no se propuso hacer una epopeya sino una *narración verídica* de los acontecimientos acaecidos durante el gobierno de Mendoza *algun tanto amenizada con los alhagos de la versificación y del estilo y con algunos episodios*. El autor mismo lo espresa en varios de sus primeros cantos, particularmente en el 4.º

No es fábula ni poética figura
ficción artificiosa ni ornamento,
sino verdad patente, lo que cuento,
que es de la que se precia mi escritura...

Nos limitaremos por lo tanto á dar algunas muestras del estilo y del mérito de este poema copiando uno que otro pasaje, uno que otro pensamiento para no ser prolijos. Si puede servir de excusa á las faltas de un escritor la precipitación con que trabaja, debemos advertir que Oña producía con rapidez, y aguijoneado por sus amigos.

Cuando á mas de mediado el canto octavo ha escrito ya mas de seis mil versos, entonces dice parodiando uno de los mas conocidos aforismos médicos:

Es el discurso largo, el tiempo breve,
cortísimo el caudal de parte mía,
y danme tanta prisa cada día,
que no me dejan ir como se debe.

No tenía nuestro poeta por rémora de su impaciencia el precepto de trabajar con reposo, á pesar de toda urgencia y de cualquier mandato, pues probablemente ya no podría oír las voces del mundo cuando Boileau publicaba su *Arte poética*.

El poema de Oña salió en la segunda edición de la imprenta de Juan de la Cuesta bajo el patrocinio de los elogios y aprobaciones laudatorias que encabezan todo libro de aquellos tiempos. El licenciado Juan de Vilella, alcalde de corte de la Real Audiencia de los reyes, dice que en este libro: «demás del nuevo modo en la correspondencia de las rimas, descubre su autor muchas lumbres de natural poesía, tanto mas dignas de estimación en un hijo de estos reinos, cuanto por la poca antigüedad de la nación española en ellos, tienen menos de cultura y arte.» El nuevo modo de la correspondencia de las rimas debió ser cosa que llamara entonces la atención, pues el mismo Figueroa alude á ello en aquel verso:

«Nuevo son, nuevo canto, nuevo Homero.»

El P. Esteban de Avila de la Compañía de Jesus, dice en su aprobación que el libro que se intitula *Arauco domado* es libro que tiene muchas y grandes sentencias, muy importantes para la vida humana: y es muy aparejado para incitar, mediante su levantado estilo, los ánimos de los caballeros á emprender hechos señalados y heroicos... Todo lo cual arguye el grande ingenio de que Dios dotó al autor.

Enfadado por demas sería imponernos la tarea de citar los nombres de cuantos aventajados varones han tributado elogios á este poema. De los ejemplares de la primera edición hecha en Lima en 1596 por Antonio Ricardo de Tunes primer impresor del Perú, sesenta y un años después de fundada aquella ciudad, puede asegurarse que será muy raro el que se encuentre en el mundo, tal vez sea el único el que parece poseer en su biblioteca el Sr. Terneaut.

Esta escasez de una obra necesaria para el complemento de cualquiera colección de historiadores de América, y que es á mas una curiosidad literaria, hace que sea hoy excesivo el precio de los escasos ejemplares que circulan entre poquitos estudiosos y aficionados á libros no comunes.

D. Vicente Salvá en su catálogo de París, al anunciar en venta un ejemplar de la edición madrileña, le fija el precio de ciento veinte rs., dando por razón que *ha llegado á ser imposible hallar este poema á no ser en un número reducido de bibliotecas*.

En el artículo siguiente trataremos de mostrar como hemos ofrecido algunas de sus muchas bellezas.

ADELANTE.

(Artículo inédito.)

¿Cómo te tengo de escribir, querido Silva, si de un mes á esta parte parece mi existencia un gobierno naciente? No hay en ella cosa con cosa; ni me sucede lance bueno, ni pasa día por mí que no me

traiga alguna nueva calamidad; y no quiero hablar de las públicas, que esas las pasamos todos. Así es que me doy á todos los carlistas: tal es el humor que tengo; pero.... adelante.

En primer lugar, aquí dieron en decir si teníamos ó no un ministerio progresivo, y hemos estado á dos dedos de quedarnos sin él, que hubiera sido pérdida. Adelante. Yo no sé si es que se les hubo de figurar que habíamos hecho demasiado en el poco tiempo que llevamos de libertad: acaso sería eso; porque al fin, parece que no, pero hemos echado abajo el voto de Santiagó, y no es poco hacer en un año; y la prueba es que en diez años antes no se había hecho otro tanto; pero adelante; el resultado fue que se levantó una nube, que hubo listas de ministros nuevos que era lo que había que leer, y aun yo te dijera sus nombres, no mas que por distraerte; pero adelante. ¿Qué tal andaría ello, que todos los que éramos antes de la oposicion nos hicimos en momentos ministeriales, pero tan de corazon, que yo, sin ir mas lejos, escribí un artículo titulado *Atrás*, el cual no se llegó nunca á imprimir, por cuatro etiquetas que ocurrieron entre la persona del censor y la mía; pero adelante: al fin no fue cosa de cuidado, y quien perdió en la refriega fue el artículo, que no vió la luz; no vayas á entender que se prohibió; nada de eso; ni yo lo dijera si hubiera sido así, ni me lo dejarán decir tampoco; sino que lo del ministerio no cuajó, y yo por no indisponerme con los de las listas dije: ya no viene á cuento nada de lo de *atrás*; paciencia por consiguiente y adelante.

Luego le he tomado un miedo, no precisamente á escribir artículos, sino á que los lean mis amigos, un miedo tal, que no fuera fácil explicártelo: ni hay motivo para otra cosa: dias pasados se me pasó por la cabeza endilgar uno sobre unos billetes de máscaras embargados, ó no embargados: billetes fueron que hubieron de costarme caros, y eso que ya lo están ellos, porque están á 25 rs.; pues aun más caros: hubo tambien etiquetas; ya sabes que *estos cumplimientos d'os castezaos me revientan*. Hubo lo de averiguar quién era *Figaro*, que como nadie lo sabia, fue preciso decirlo yo mismo: lo dije pues, y lo firmé, que fue mas: debió haber ruido; pero no lo hubo, y yo dije: adelante.

Ahora estamos con los presupuestos: el primer día todo era sacar de una parte y sacar de otra; y como el de Casa Real fue el primero, y pilló á la gente caliente y con ganas de ahorrar, sucedió lo contrario de lo que dice el refrán, es á saber, que aquí fue el primer mono el que se ahogó: pero luego ha sucedido como con todas las cosas; conque adelante. Se están haciendo unas economías, que no hay para qué elogiarlas; y esto va tan de prisa, que bien se puede decir que ya el presupuesto va de capa caída.

Toda via no ha salido la ley de ayuntamientos; pero como los que hay son á pedir de boca, adelante.

Este mes hemos estado felices en Navarra; y en cuanto se acabe la guerra, ya no habrá pretendiente. Siempre deberemos estar muy agradecidos á la cuádruple alianza. Por cierto que ya no se habla de ella. Pero así como así, no hace falta: conque adelante.

Ahora andan en dudas en el Estamento sobre si son buenos los jueces, ó no. Es el caso, que segun dicen, los hay todavía de los que sentenciaron en los pasados diez años que siguen sentenciando. Adelante.

En los periódicos verás un comunicado de uno de mis amigos: la cosa no es importante: parece que tenía un asuntillo pendiente, en el cual debía de llevar razon, segun lo mal que le ha salido: fue á verse con uno de los primeros empleados del ramo, y le contestó que no había mas que un ligero inconveniente, á saber, que no estaba *purificado*. Esto fue el día 5 de este enero de este 1855. A propósito de fechas, la amnistía se publicó en 15 de octubre de 1855. Luego ha habido tambien un decreto de 31 de diciembre de 1854 sobre rehabilitacion de empleados. Adelante.

De todos modos parece decidido que á pesar del ministerio tory, nosotros no iremos atrás: no sé si porque no fuera fácil, ó porque se trata de ir adelante.

Como quiera que sea, te avisaré, y suceda lo que suceda, y ya que no se puede decir atrás, adelante.

Tu amigo, FIGARO.

El Templo de San Miguel de Media-Villa. (1)

Medina de Rioseco.

Cuando el torrente devastador desprendido de las heladas grutas del Norte se lanzó sobre la Europa meridional y occidental en armadas

y turbulentas hordas; cuando los agrestes idólatras de Odino se arrojaron, bajo la victoriosa mano de Alarico, sobre la ciudad de los Césares, y los corceles del Rin hicieron vibrar con su belicoso relincho las bóvedas del Capitolio; cuando el mundo entonces civilizado quedaba cual un cadáver envuelto en un sudario inmenso de tinieblas y desolacion, el genio de las artes, asustado al intonso aspecto de los atroces huéspedes, tendió sus alas, abandonó el cielo de la Italia, y se llevó á las encantadoras márgenes del Bósforo la antorcha de su inmortalidad. Constantinopla arrebató á Roma el cetro de la gloria, como Roma se le había arrebatado á Grecia. ¡En todas partes la ley de la expiacion! Bien que, andando el tiempo, sobrevino un día en que aquella opulenta hija de Constantino hubo de volver los atribulados ojos á la adoptiva de San Pedro, y demandarla un asilo para sus sabios y sus escuelas, para sus ciencias y tradiciones, contra el incendiario furor de los estúpidos soldados de Mahomet. Y así, por esta sucesion providencial de contrastes, se salvó el tesoro de la civilizacion antigua en beneficio de la humanidad. ¡Maravilloso espectáculo para el entusiasmo del poeta; magnifico estudio para la razon del filósofo; alto é inefable misterio para la fé en el porvenir de los pueblos!...

Desde aquella solemne época data una nueva vida para la familia europea. Ella fué la terrible inauguracion de la moderna historia, así como el prólogo del inmenso drama de nuestros diez y nueve siglos lo fuera del cristianismo, que acabó con la sociedad de Homero y de Virgilio. La peripecia fué muy profunda y vehemente; el cuerpo social se resintió del sacudimiento en sus mas intimas fibras, y la fisonomía de sus elementos orgánicos se presentó modificada por el terror de aquella impresion general.

Tan radical vicisitud del mundo, acabando con los vestigios del imperio latino, consumó una revolucion absoluta en todas y cada una de las necesidades del órden social. Nacieron los estados, se formaron los idiomas, hablaron los pueblos. Y cada miembro del coloso secular, dividido por la espada hereditaria de Bresso, se convirtió en un cuerpo perfecto, vital y fuerte, que, cerrando los ojos á lo pasado, marchó de frente hácia el porvenir.

Como el cristianismo fué el único principio que subsistió en pié durante aquella pavorosa y violenta crisis; como fué el arca santa donde se custodió el fuego civilizador, se sobrepuso á toda otra influencia social, y determinó cardinalmente su predominio en la nueva organizacion del mundo. Al efecto se asimió todos los medios de accion, estendió á los pueblos la subordinacion gerárquica de la Iglesia, y quiso dar á las instituciones humanas el carácter de perpetuidad, vigor é inamovilidad, signos esenciales de la entidad teocrática. Por eso el imperio de Carlo Magno es una teocracia civil, y el emperador un pontífice dinástico. Porque aquel imperio era el centro vital del apostolado, y un cuerpo, en suma, cuyo físico era la civilizacion, y cuyo espíritu era el catolicismo.

La Iglesia, pues, se hizo sentir en todo y sobre todo, como principio cardinal, elemento omnimodo, y único regulador; donde quiera influia su genio poderoso; nada quedó en donde no imprimiera su sello de formalidad y duracion. Este universal efecto se notó mas inmediato y visible sobre las formas objetivas de los sentidos físicos, en la parte traducida y materializada de la idea, en las artes, en fin. Nada mas natural. En la filosofia, en la literatura, en los demas ramos especulativos, que solo estan sujetos á la critica intelectual, y no de la universalidad de las gentes, el efecto no podia significarse ni popularizarse tan pronto. Necesitaba la concurrencia del tiempo y la sucesion gradual de las cosas. Pero en las artes, donde cada pensamiento, cada innovacion se traduce al punto en granito y pizarra, y se presenta á la espectacion de todos, sábios é ignorantes, tenia que darse á conocer inmediatamente, y aparecer la transicion en evidente y significativo espectáculo.

Constantinopla, pues, la primitiva Bizancio, que mal envuelta en la púrpura griega guiaba azorosamente la fortuna del bajo imperio, se hizo el tipo del gusto; y desde allí salia para los paises cristianos la fórmula artistica, que todos aceptaban cual espresion inteligente de la época. Pudiera comparársela á un oráculo omnipotente dictando sus mitos á las naciones, que agrupadas en derredor eran otros tantos tipógrafos, que les consignaban para la posteridad en el álbum gigantesco de templos y fortalezas, que cubrió la superficie de Europa, y donde legaron á las gentes el misterio sacerdotal de aquellos tiempos formidables.

No hay mas que poner los ojos en cualquier monumento de tan remota era, para comprender así la verdad histórica. El semicírculo griego, el arco típico de las antiguas escuelas heleno-romanas, único vestigio salvado de aquella inmensa vicisitud, aparece en las portadas y en los peristilos. Pero ya no es el medio punto ligero, rico y magestuoso, montado sobre elegantes pilstras, que decoraba el pórtico y el coliseo. No, en verdad. El arco del arte bizantino es pesado, toseco y glacial, y parece que le cuesta trabajo sostenerse en el aire, arrasado á tierra por su propia pesadez. Así lo debieron comprender los

(1) El sobrenombre de este templo proviene de estar edificado en lo que antiguamente era el centro de la localidad.



(Templo de S. Miguel de Media-Villa en Medina de Rioseco.)

arquitectos de la época, cuando le calzaron con pilares cortos, fornidos y apiñados, que le reciben en capiteles enormes, correspondidos por un basamento de vigorosa mole. Además esta combinación se halla acorde en su traza con aquella inteligencia. En ella nada hay que recuerde el refinamiento ático, ni la delicadeza quirinal. Todo al contrario. El pensamiento, lo mismo que la forma, la idea y la espresión, la esencia y la presencia marcan bien la transformación y la índole del nuevo tiempo. Así es que la mano de obra solamente ostenta rudeza, sencillez pautada, sombría y despótica inflexibilidad. Y en la composición, que es la mente del artista, el misterio de la época, nada se ve sino monstruos fantásticos, visiones descomunales, fieras, plantas y seres que parece han salido de un cerebro febril, y que son el sarcasmo agreste de las volutas tiernas y de los transparentes acantos de la gloria clásica.

No son ciertamente muy comunes en España los monumentos de aquel período artístico, por la ocupación sarracena: pero entre los varios en que hemos podido estudiar aquella tétrica arquitectura, tan emblemática y sacerdotal, hemos deducido que la transformación de la forma de *greco-romana* en *bizantina* envuelve un gran pensamiento, traza o acaso misteriosamente en esos capiteles simbólicos, que ahora nos contentamos con interpretar á la luz de la historia, y á las inspiraciones mas ó menos felices de la crítica, arrebatada algunas veces al contacto abrasador de la fantasía.

El templo de San Miguel Arcángel, que damos en el dibujo, fué uno de los monumentos alzados en el período Bizantino, y de los pocos que han sobrevivido á la saña del tiempo y á la ignorancia y avaricia de los hombres. No son por cierto la magnificencia material, ni la belleza artística su patente de mérito. Lo son, en contrario, su rudeza primitiva, su masa tostada por el sol de los siglos, y carcomida por el peso de los tiempos, su adusto talante, en fin, que atestiguan su fecha. Porque su fecha es su celebridad.

No existe memoria de su fundación ni aun tradicionalmente. Pero conjeturando por los acontecimientos y datos históricos del arte, su origen debe remontarse cuando menos al siglo XI. Y nuestra opinión personal es que fué obra del IX en los primeros tiempos de la reconquista.

Esplicaremos la razón. Del período de la monarquía goda no debe ser, porque no existen sino muy contados monumentos de aquella época. Derrocada la sucesión de Ataulfo, en 714, y habiendo sido reconquistada la *tierra de campos* en el reinado de D. Alfonso el Católico de León, esta villa entonces fué erigida en punto principal de la línea de defensa, y considerada en mucho por su importancia. Ahora bien: hecha la restauración, nada mas natural que erigir su población tan estimada un templo cristiano para el servicio de su vecindario y para el culto reconquistado de la militante cruz. Esta obra necesaria, obligada, hubo de ser indudablemente San Miguel. Y tanto mas de creer, puesto que no hay monumento de mayor antigüedad, ni memoria de

que haya existido. Este juicio se afirma mas con la circunstancia de haber sido San Miguel iglesia parroquial de muy antiguo, servida por monges, antes de la erección de las parroquias hoy existentes, de las cuales la mas vieja es del siglo IV. Hasta este tiempo, pues, desde el principio de la guerra con los Mahometanos, San Miguel fué el único templo parroquial de la villa. Pues con la turbación del tiempo y los apuros de los vasallos, mal pudo pensar en la construcción de otras, máxime no habiendo tenido grande incremento su vecindario.

Cualquiera que pueda ser la diferencia, ello es que San Miguel, templo *bizantino*, constituye una antigüedad importante, un monumento arqueológico digno de consideración. Poco nos detendremos en su descripción material, así porque no ofrece grandezas artísticas, cuanto porque con una ojeada sobre la vista adjunta tendrá el curioso las noticias que puede apetecer. De modo que solamente por esplanación diremos algunas palabras sobre el particular.

La planta del edificio es un rectángulo imperfecto, que termina en una curva semiesférica por la parte superior, con pequeñas, aunque no mal entendidas proporciones. El templo interiormente carece de todo adorno; es sencillo hasta la pobreza, y su aspecto rudo y nebuloso refleja bien el espíritu de su época, y lleva la imaginación á lejanas aventuras. Unos agrestes pilares encajonados en los muros sostienen la informe cornisa, de donde arranca el modesto artesonado de madera en su color, que cubre la nave. —En lo exterior, ya lo veis. Toscas pilastras, columnas de bastarda proporción, recios y prominentes modillones, en cuyas facetas un grosero cincel esculpió monstruos desconocidos, y símbolos y geroglíficos de fabulosa inteligencia; mezquinas y no simétricas ventanas mas propias de una fortaleza que del templo de Cristo, y en cuyo corte no se vislumbra siquiera la innovación germánica; una torre sin arte, ni osadía; y por fin una portada constituida por el arco hemiciclo, disminuido concéntricamente por todo el espesor del muro, y cargado sobre dos órdenes de pilares característicos, estendiéndose sobre ella un humilde pórtico de vulgar y antiquísima traza. Añadid á esto otra portada semejante, pero inutilizada, en el muro inferior, y tendreis todos los detalles que componen el *bizantino* monumento.

Pero no. Os falta ver ese color amarillento é indefinible, que imprime el aliento de los siglos; el aspecto solemne y monumental que presentan las obras en su sagrada ancianidad, el vapor de misterio é idealidad, el prestigio vago y romanesco que circunda á esos vestigios de lo pasado, á esos recuerdos solitarios y elocuentes de las generaciones que ya no son, á esas páginas simbólicas que encierran en el polvo de su olvido muchos de los dolorosos pasos de la humanidad en su secular y tempestuoso camino. Nada de esto veis con los ojos del alma, con el lente de la inspiración, y no podeis comprender, ni hallar, ni ver lo que dice y significa ese testigo centenario y mudo, cuya modesta cruz prevalece sobre las arrogantes fortunas de los siglos. ¡Oh!... venid! venid los que anhelaís saber en los misterios del entusiasmo

cuánta poesía encierran esos caducos sillares, contemplados en la penumbra del crepúsculo, cuando el viento azota el musgo encienito de sus grietas, y flota su mole denegrida cual inmenso fantasma entre las nieblas de la noche, y la perezosa campana exhala un gemido melancólico y fugitivo, que se evapora á los cielos como las postreras esperanzas de nuestro fatigado corazón!

V. GARCIA ESCOBAR.

CON MAL Ó CON BIEN, Á LOS TUYOS TE TEN,

RELACION

por Fernán Caballero.

Y solo el hombre pervierte
sus justas obligaciones
si no vence sus pasiones
como valeroso y fuerte.
(JUAN RICO á su hijo.)

Quien por los años de 185 *** hubiese paseado por la muralla de Cádiz, ese paseo de piedra apropiado á aquella ciudad compacta, que parece haber salido en una pieza, fuerte, bella y armada de una cantera, como minerva de la cabeza de Júpiter; quien en esa época hubiese pasado por el trozo que corona la puerta de la mar, hubiera podido notar dos mendigos que arrimados al pretil, imploraban la caridad pública, mas con su triste aspecto, que no por descompasadas voces.—Era el uno un soldado, según lo demostraba los restos de una casaca militar que llevaba, al que faltaban ambas piernas, y que sentado sobre un pedazo de corcho sujeto á su cuerpo con correas, se movía merced á sus manos, que apoyaba en el suelo. A su lado una mujer joven, pero avejentada y conservando á pesar de su destrucción un noble tipo de belleza, se cubría parte de su rostro con un pañolón destechado por el sol, que llevaba sobre la cabeza, mecido en sus brazos á un niño pálido y enfermizo como su madre, mientras el licenciado enseñaba á una niña de seis años aquellas palabras mas apropiadas á mover á compasión al corazón del hombre, y aquellas bendiciones mas adecuadas á incitarla á merecerlas;—esto es, la hermosa deprecación: ¡Señor! por la sangre de Nuestro Redentor, y por los pechos que lo criaron, muévase su corazón á piedad hacia estos infelices, sin mas amparo que el del Cielo y el de las buenas almas: así Dios le libre de un malvado, de un testigo falso, y de una mala lengua; y la pobre madre añadía suspirando: ¡y le dé salud para criar sus hijos!!

Algunos ricos pasaban, respondiendo así á este clamor de la miseria:

¡Qué plaga!—¡qué repugnante aspecto en un paseo público!—por qué no habrá aquí como en otras capitales del extranjero asilos para la mendicidad?—¡qué atrasados estamos! ¡Mire V. eso!—un ente así casado y con hijas! ¿Debería eso permitirse?—¡aquí todo anda como Dios quiere!

Pero otras buenas almas, mugeres, clérigos ó niños, se paraban y daban limosna.

—¡Ahí tiene V. decían los otros, la limosna mal entendida!—el ochaveo; ¡el maldito ochaveo que es el que mantiene á esos vagos!—¡á esa lepra!—¿y sabe V. por qué dan esos beatos?—¡para que los vean dar, pura hipocresía!

—Y lo que vos haceis, detestables cancheros, de vuestro dinero en no dar, ¿cómo se llama? ¿á qué sirven los pobres?—decía un tremendo millonario que la echaba de gracioso, seguro que los chistes de un millonario siempre hacen gracia, ¿de qué sirven sino de estorbo? ¡á los pobres matarlos!

Esta bestial atrocidad hizo dar tales carcajadas á sus compañeros de paseo, que poco faltó á que se apagasen los tremendos cigarros habanos que llevaban en sus bocas como los elefantes sus trompas.

Ya la muralla ostentaba tales detestables hombres, que harían bueno el socialismo, si por fortuna no fuesen raros y contados; también ostenta otros seres encantadores que á su libre albedrío rien, cantan, corren, caen, se vuelven á levantar y á formar grupos parecidos á los que forman los amorcillos en las escenas pastoriles de Bocecher. Estos seres son los niños que primorosamente vestidos á la inglesa, envían sus madres en compañía de sus amas á esparcirse á la muralla, mientras estas sentadas en el parapeto ó en los escalones que separan unos de otros los cañones que asoman por fuera del recinto su tremendo ojo negro, se entretienen en conversacion unas con otras sin perder de vista su rebaño.

Hacen allí como es de pensar gran papel los rosqueteros, los que con sus canastos en las manos pasan como una viva tentación entre

aquellas bordas Lilliputienses. Tenemos por reato del pecado de golosina de nuestra infancia, un feble por los rosqueteros que nos parecen dulcísimos miembros del cuerpo social, á pesar de que por una inexplicable anomalía suelen tener cara de vinagre; nos parece aun hoy día que adornan mucho mas graciosamente la muralla que no los soberbios cañones, é infinitamente preferibles los anises de los primeros á los de los segundos; ello es que son entrambos, los cañones y los rosqueteros, accesorios necesarios de la muralla de Cádiz; sin los niños, los rosqueteros y los cañones, pierde todo su prestigio y toda su fisonomía.

¡Quiero uno otro rosquete!—dijo á su ama una rubita de tres años cuyos rizos volaban al viento por sus hombros debajo de una capotita de raso rosa—¡y yo un merengue!—añadió su hermana decana de la tropa que ostentaba con dignidad siete años.

—¿No sería mejor, respondió la anciana ama envejecida en la casa, pues había sido igualmente ama de la madre de las niñas, no sería mejor, pues ya os he comprado esas chucherías, que diéseis ese dinero á aquella pobrecita niña que quizás hoy no habrá comido pan? (el ama unía dos fines, el higiénico y el humano).—¿Que no habrá comido pan?—dijo asombrada la niña mayor, y sin volver siquiera la cara al incitador canasto del rosquetero, tomó los dos cuartos de manos de su ama, corrió hacia la pordiosera y le dió la moneda.

Y tú, Lolita, ¿no le quieres dar la limosnita á la pobre?

—¡Quiero uno otro rosquete!—respondió en tono decidido y firme la de la capota rosa.

El ama se lo compró.

¿Quiere V. ahora, dijo refunfuñando el viejo rosquetero, que los angelitos de Dios dejen de comer dulces?—si eso sucediese, mujer de Dios, ¿de qué viviríamos nosotros?—¡caramba con Vd.! que desnuda un santo para vestir á otro!

¡Cicatera, golosa, mal corazón!—decía entre tanto la decana á su hermana; esa pobre niña no ha comido pan, y tú has comido muchísimo y budín, y postres; anda, dale tu rosquete, corre;—y agarrándola por la mano la llevó de remolque á paso redoblado hacia la pordiosera, la agarró la mano que llevaba el rosquete, y la puso en la de la niña pobre.

Esta no se atrevía á coger el rosquete.

—Tómalo, tómalo, dijo la niña mayor.

—¿Me lo das? preguntó la pobrecita con ese encantador tuteo de los niños compañero de su inocencia.

—Si, si, ¡cógelo, anda!

—La pobrecita lo tomó tímidamente diciendo: Dios te lo pague.

—Toda esta escena había sido una sorpresa para la de la capota rosa, que no comprendía bien lo que pasaba y á la que la veloz carrera había aturrullado; pero apenas vió pasar su querido rosquete á manos extrañas, cuando abrió su poderosa boca, y se puso á berrear como un berrero.

¡Qué fea estás, que feísima estás!—le dijo su hermana echando á correr y dejándola plantada en medio de la muralla; entonces subieron los berridos al fortísimo, acompañados de un copioso aguacero de esas lágrimas que brotan y se secan en los niños instantáneamente.

El ama acudió y también la pobrecita que quiso devolverle el rosquete; afortunadamente el rosquetero que giraba alrededor del grupo de las niñas como un abejorro alrededor de flores, acudió atraído por una señal del ama, y la de la capota rosa metiendo su blanca manita en el canasto con el íntimo placer con que un avaro mete la suya en un talego de onzas, cogió un rozagante rosquete, en el que hincó con triunfo y denuedo las blancas perlitas que adornaban su boca.

Satisfecho su primer anhelo, el de la golosina, trató su señoría de satisfacer el segundo que era el de vindicar el derecho sobre su propiedad, con ese apego y potestad sobre la propiedad que tenemos tan instintivo é innato, que ha sido preciso toda la fuerza y autoridad del cristianismo para crear el desprendimiento. Pero la niña que era aun demasiado chica para comprender la dádiva, ni hacerse cargo de la necesidad ajena, corrió hacia aquella que graduaba usurpadora de su rosquete, y le aplicó bien aplicada una palmada en el brazo con todas las fuerzas de que podía disponer.

¡Ah pícaro! exclamó su ama que corrió tras ella sacudiéndola por el hombro, qué se entiende pegar, y pegar á una pobrecita que no te ha hecho nada!

—Pídele perdón ahora mismo, ó si no, se lo digo á mamá, ¡niña mala!—dijo su hermana.

—No quiero, recaló en voz y en grito y con magnífico aplomo la culpable incontrita.

—Bueno, bueno, pegona, soberbia y arrogante; dijo su hermana.

—Es cierto que si la de la capota rosa hubiese leído Bernardo del Cárpio, hubiese contestado lo que aquel al moro: la arrogancia toda es mía.—Pero á falta de voces espresó eso mismo en una altiva y firme mirada.

¡Vaya pedir perdón á una mendiga!—dijo remilgadamente una ni-

ña de medio pelo que lucía una peineta, un velo que estiraba furiosamente, y un abanico que parecía en sus manos un soplador de cocina.

A todo el que se ofende se pide perdón, contestó el ama, á eso las tiene acostumbradas su madre: si te cuesta pedir perdón á un pobre, pispireta, no lo ofendas; y mis niñas saben que sin perdón está la ofensa siempre como una mancha en la conciencia, y que sin la conciencia limpia nadie puede vivir contento sino que esté dejado de la mano de Dios.

Pero tú, dile á tu madre que en lugar de abanico te compre un librito de doctrina; así perderás los humos, mi alma, que á todas le están mal, y á los pobres peor que á los ricos—¿estas?

La niña dió un nuevo estirón á su velo y puso en movimiento acelerado á un tiempo sus pies y su abanico.

—Pide perdón á la pobrecita, Lolita, mi corazón, prosiguió en tono suave y suplicatorio la buena mujer; si lo haces, te llevo á la alameda, donde verás á tu mamaita.

Lolita volvió su carita que sombreaba su capota rosa hacia la niña mendiga y le dijo: *perdón, poecita*.

Y en seguida como solo el primer paso es el que cuesta, tanto en la senda del bien como en la senda del mal, según dicen muy bien los franceses, Lolita entusiasmada alargó su rosquete á la pobre niña con el ademán y la espresión de rostro de Escipión al devolver á Allectores su hermosa novia hecha esclava en Cartagena: verdad es que faltaba al rosquete la mitad y que el anrío de Lolita había sido mayor que su apetito.

A la noche la niña mayor refirió á su madre cuanto había pasado.—Esta señora verdaderamente ilustrada y que tenía los buenos sentimientos que la verdadera ilustración ennoblece y refina, tuvo un real pesar por la acción de su niña—y al día siguiente fué ella misma con sus hijas á llevarle á la pobre ropa y socorros. Le gustó tanto la niña, que ofreció á su madre vestirla y costearle la amiga; y por eso hemos referido este incidente, puesto que la impertinente palmada de Lolita tuvo para su pobre víctima incalculables resultados; pero no anticipemos sobre lo venidero—preciso es saber quien eran esos mendigos que presentamos en primer término, y esto es lo que vamos á referir si nos queréis prestar atención.

El día de san Juan del año 1822—se notaba en el muelle de Cádiz un gran y alegre movimiento debido á que era *día de toros en el Puerto*.—Presentaba dicho muelle seguramente una bella animada perspectiva á los ojos; en cambio eran destrozados los oídos por una descomunal y destartada gritaría, con la que abusa el barquero de la bahía de Cádiz espantosamente de sus pulmones y de los timpanos de sus oyentes. Ciertamente se debería por orden de buen gobierno poner coto á esta licencia de garganta que unida á la de espresiones inmoderada, aturde, escandaliza é indigna al público indigeno y asusta al exótico señorito, dijo uno de los patrones que se agitaba y movía sin cesar, y que ya estaba ronco de gritar á un joven agarrándolo por un brazo: venga su mercé acá, mi amo, que en este mismo instantito doy á la vela y pongo á su mercé en el muelle del Puerto en lo que canta un gallo, sin que haya siquiera notado que va surcando el charco—y sin saber ni cómo ni por donde nuestro joven se halló sentado en el falucho, ó por mejor decir preso, pues una vez en el barco, ni se hizo á la vela este, ni pudo volver á tierra aquel.

Servando Ramos, tal era el nombre de este joven, hijo de un rico comerciante de Cádiz, había sido educado en Inglaterra y á su reciente regreso, habiendo muerto su padre, se hallaba poseedor de una brillante herencia.—Llevaba el elegante vestido de *majo serio* que los jóvenes han adoptado para ir á los toros; consistía en pantalón, chaqueta y chaleco, blancos y finos como los copos de la nieve; una faja de seda celeste ceñía su cintura, un pañuelo del mismo género y color rodeaba su cuello pasando los picos por una sortija en que brillaba un solitario de gran valor; calzaba zapatos de rico ante para asemejar á los de vaca de los *majos crudos*; sobre su cabeza que adornaba una enortijada cabellera llevaba un sombrero calañés algo inclinado á la derecha, en una mano una chivata visualmente pintarazada y en la otra (esto es del conjuro) un abanico de caña ó calaña, en que estaban retratados con los mas primitivos rasgos del dibujo, el tío Nones, el tío Conejo, y el tío Perniles, gitanos que vendían ó habían vendido por las calles estrebas, tenazas y otros cachivaches, y cuyo interesante tipo se esplota en el teatro con los tios Canillitas y otros héroes de zarzuelas y sainetes, que si bien no serán tipos romanescos ni ascéticos, son indistintamente cómicos y genuinos.—Aunque por su ausencia de la tierra de *Maria Santísima*, le faltase á Servando Ramos algo de la soltura y gracia necesaria para llevar bien el traje que vestía, las que solo se adquieren en el país y con la costumbre de llevarlo, sentaba no obstante muy bien á su linda persona, tanto que hubiese querido servir de modelo á un pintor que hubiese querido ilustrar con lindos tipos una novela de costumbres andaluzas.

Fiel á los hábitos contraídos en el extranjero, Servando, lejos de mezclarse en la conversación general que sostenían los demás

pasajeros, se recostó sobre el codo y se puso á mirar hacia el mar.

Esta tiesura é incomunicación que en los ingleses generalmente nace de su cortedad de genio y de los hábitos de su país, son en ellos cosas naturales, y no ofenden: mas los que en nuestro país imitan esto, sin que los autorice la costumbre, ni disculpe la cortedad de genio, se hacen insufribles, porque demuestran *desden*, y que de todos los insultos ninguno es comparable al *desden*, pues que los demás recaen sobre algo y nacen de una causa; pero el *desden* germina y se eleva solo como la mala yerba.

Servando miraba aquella hermosa vista por no mirar á otra parte, y no porque le llamase la atención. Hay seres que, á no moverlos una pasión, nada miran con interés ni detenimiento, á no ser su espejo cuando están ellos delante, y que son instrumentos sin melodía, en los que no vibra sino una sola cuerda. No obstante, la vista era magnífica y grandiosa, como todas las que ostentan en su composición al mar, que es la vista mas admirable y conmoviente despues de la del cielo. Aquel día ambos rivalizaban en esplendores; la atmósfera que entre ambos se movía suavemente, brillaba como un fluido brillante; veíase en lontananza á Rota, rústica jardinera que con las manos llenas de frutas y de legumbres es la primera en dar la bienvenida á los barcos que llegan exhaustos de lejanas tierras. Mientras mas avanzaba el falucho hendiendo las aguas que levantan tan suaves murmullos y melodiosos gorgoros cuando el mar está amable, mas se iba destacando la imponente mole del castillo de Santa Catalina, detrás del cual se iba retirando modestamente Rota, cual si se volviese á sus huertas, á sus viñas, á sus melonares. El vigoroso coloso se alza aun haciendo frente al envite de las olas, aunque sin vida ni corazón, como un soberbio mausoleo profanado cual él por el tiempo, que es inexorable en su acción destructiva, como su hija la muerte. Entraron en el Guadalete, á cuya orilla izquierda se prolonga y estira el puerto de Santa María. Lo primero que á la vista se les presentaba eran las magníficas bodegas, que surten á Europa de su mejor vino, y algo mas retirado ese gran circo, esa plaza de toros, ese teatro de contrastes de esa extraña diversion, de ese repulsante regocijo, que no halla disculpa ante el juicio de la razón, ni ante el sentir del corazón, sino en la embriaguez que produce y que trastorna al hombre que ambas cosas posee, razón y corazón, como lo hace la embriaguez del vino.

Servando, con su propensión inglesa al aislamiento, había venido solo á los toros del Puerto, lo que le privaba de disfrutar con todos sus accesorios aquella afamada romería, como lo hacían los demás jóvenes que reunidos hacían el viage, comían y paseaban. Así fue que anduvo las calles del Puerto, tan alegres y animadas en semejantes días, como un *pájaro bobo*, según la espresión del país.

Llegada la hora de los toros, siguió el tropel de gentes que se encaminaban ruidosamente hacia la plaza, en la que entró y se colocó cerca de un grupo de jóvenes gaditanos, en el que se hallaban varios conocidos suyos.

Servando, que fue muy pequeño á Inglaterra, nunca había visto los toros, y tenía inculcadas las ideas que se dan en países extranjeros sobre la inhumanidad que hay en maltratar y hacer padecer á los pobres animales, pues no hay sana razón que pueda admitir que los crease el Dios de bondad solo para padecer y ser víctimas del hombre.—Sabía que en la ilustrada Inglaterra, en aquellas cámaras formadas de hombres de tanto valer, puesto que entre estos es el ser diputado una honra apetecida, en esa asamblea que por su antigüedad y por los hombres que la componen es el modelo de asambleas legislativas, no se habían desdenado de discutir esta materia, y que de ella habían salido benéficas leyes que ponían cuota al bárbaro abuso del hombre sobre los pobres animales, que cual ellos padecen el dolor físico, sienten la angustia moral, sin un amparo, sin un consuelo!!—¿Qué es, por Dios, toda la cultura del entendimiento, sin la cultura del corazón?!—Un sol sin calor, una flor sin perfume, una bella voz sin modulaciones, un hermoso rostro sin lágrimas ni sonrisas.—Así fue, que aunque Servando no era por cierto una persona de sentimientos tiernos y delicados, ni mucho menos tenía uno de esos corazones fervientes de caridad, consagrados al consuelo, como las hermanas de la Caridad á la asistencia de los enfermos, y que cual las ovejas al pasar entre abrojos son heridas por ellos y en cada uno dejan un copo de su suave vellón, aunque no tenía sino las mas sencillas y cotidianas ideas sobre humanidad y cultura, al ver salir la acosada fiera, y arrojarse sobre el primer pobre caballo, que dócil al hombre aguardaba de pie firme la espantosa embestida, al ver al toro destruir sus entrañas, al ver al ginete en peligro de muerte, y al oír que este atroz espectáculo era saludado por una algazara general, sintió todo su ser sublevarse, y se preguntó si estaba en una diversion ó en una carnicería.—Hasta su físico se resintió al ver por el suelo enrojecido de caliente sangre las entrañas de un animal aun vivo en la doble agonía de la muerte y del espanto, palideció y se levantó.—Estais malo? preguntó uno de sus vecinos. Servando contestó afirmativamente y se salió.

(Continuará.)

GRANDEZAS DEL POETA.

Si por estadales
mis estados mides,
verás faltan once
para sumar quince.
Y en tan vasto imperio
deja que te espigue
las mil maravillas
que dentro residen.
Enverjan curiosas
los largos confines
revueltas las cañas
con arte indecible;
y en vanos jaeles
con primor permiten
que allí entren los ojos
retocen y fijen.
Palacios de Armida,
pagodas, jardines,
grutas, selvas, montes
cascadas á miles.
De aquel y este lado
muro y tronco admiten
que el jazmin sus lazos
y vedra ensortijen.
Enormes gigantes
(madreselva y vides)
á flor y racimos
te asaltan y embisten.
Por luengos festones
la luz se sonríe
pintando de rojo
celindas y lises;
y esmeralda y nieve
parece compiten
en verdes colgantes
con blancos jazmines.
Los cuatro arriates
en sesgo dividen
el césped del suelo
el box de los lindes;
y en sendos andenes
en primor desdienen
con varios colores
cien tiestos menines
de aquel albahaca
alcino, alelies,
con geranio y rosas
perfumes despiden.
Del otro los tallos
con flores se visten,
capullos estallan,
dibujan mil tildes.
Brotan por cien caños
las aguas sutiles;
(un azumbre al día
lo menos me miden.)
Y de barro cocho
te dejo que admires
el tazón sediento
que de estanque sirve.
Y una abispa á noria
uncida, ó trapiche,
(porque nada falte
al cuadro sublime)
saca en arcaduces
del dedal algihe
diez gotas de agua
en cuarenta abriles.
Y en saetillo, el cauce
con fuerza invencible
sacude el molino
diminuto chiste,
repica las aspas,
erugen los astiles,
y en tiple cecea
con cis y bisbises.
Luego sale el río

¡qué Eufrates ni Tigris!
(culebra de plata
tres varas describe.)
No guijas y arenas
moja, arrastra y ciñe;
zafiros lo menos,
topacios beriles.
Dos peces pigmeos
átomos carmines
entre rubias conchas,
verás si eres lince.
Por ánades y ocas
cien duendes reptiles
corren sobre el agua
á enjutos patines,
arman sus cuadrillas,
se dan sus envites,
y corren parejas
con la lanza en ristre.
Doblan las hileras,
truecan sus desfiles,
llevan mostachos,
calzas, boreeguies.
Surtidores de heno
las aguas comprimen
y salen tan altas
que no se distinguen.
Hilan tan menudo,
que aunque te lloviznen
podrás harinarle,
cuando no freirle.
Del claro remanso
(lenteja en eclipse)
beben las abejas
con sorbos melindres,
y tres mariposas
la corriente siguen
alzando las alas
con pompa felices;
son tres lindas naos,
tres ricos esquifes
con mástiles de oro
velas de ormesies.
Mas múdase el cuadro,
que allá entre unas mimbres
se ven otros mares
de atroz superficie.
Temerosos lagos
que en oscuras sirtes
surcan espantosos
cetáceos horribles.
Allí un guzapo
con traza de esfinge
trechas da en el agua,
delfín loco y libre,
y allá dos babijas
ébano y rubies
son sierpes dragones
ballenas terribles,
También alayayas
costa y playa rigen,
lánganas que humean
por boca y narices:
Sus humos gigantes
que al viento se rinden,
y al fin se disipan
porque el sol mas brille.
Sus luces de noche
(y Dios te ilumine)
luciérnagas chispas,
luceros anises.
Acá dos gayombas
de jaldes matices
toronjas meciendo,
por altas se engrien.
Y al pie teje el trebol
sus verdes tapices,
tálamo que ansiáran
Mediterráneos Floripes.
En un tarro mocho

almenado á pique
de naipes se alzan
dos torres gentiles.
Con ancho homenaje
moriscos fortines
y sus aspilleras
de varios calibres;
son sendos tarugos
como de alfenique
que apuntan cañones
sacres, serpentes.
Cumplidos adarbes
de todos perfiles
astil con bandera
con sus colorines.
¡Trasunto de alcázar,
cuidadela insigne
que pasa por ojo
á Ostende y Matrique!!!
No teatros y circos
faltan imágenes,
que no tuvo tantos
Augusto ó Pericles:
que dos saltamontes,
suelos arlequines,
bailan, saltan, triscan
para divertirme;
Y Juan de las Viñas,
botarga risible,
por obra de un hilo
da sus trampolines.
O Don Pulchinela
con voz tiqui miquis
canta á los amantes
Rosita y Cuquiles.
Aliño con mistos
de mis polvorines
fuegos de Bengala,
centellas que vibren,
ruedas, morteretes,
castillos que tiren,
truenos por adarnes,
bombas por tomine.
Un grillo y dos moscas,
diestros ministriles,
principian concierto
con solfa y repique,
y prestan á tales
músicos insignes
facistol las hojas,
los aires atriles;
y seise del aire,
mosquito invisible,
al son trompeta
de sus añales,
mientras que salmean
contrabajo y tiple,
eigarra en los ramos,
rana en charco humilde;
paulillas, arañas
hilan sus ardidés
(son redes columpios
cárcel de infelices)
y por sus maromas
casi imperceptibles
trepan, suben, bajan,
y hacen volatines.
Atisban y acechan,
torvos alguaciles,
á un mosco y dos moscas
que holgándose rien;
las zarpan al salto
(¡para que te fies!)
y entre las tenazas
crugiéndose gimen.
Porque mi grandeza
muy mas se autorice,
verás los Versalles
y Aranjueces triples.
Papel pico y corto,

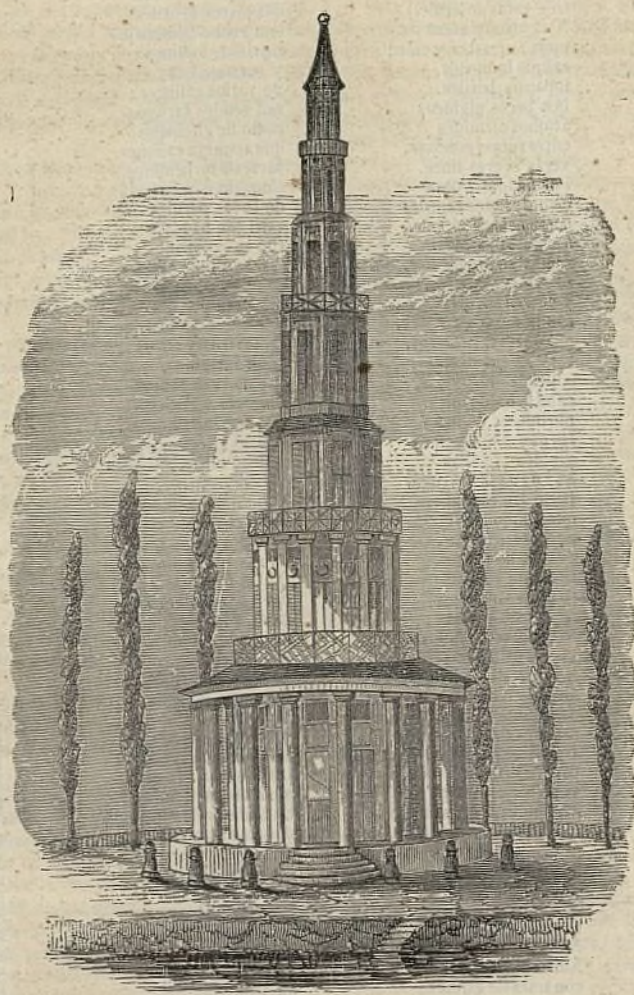
y en artes de Circe
se alzan los palacios,
cúpulas, prefiles,
frontis de boato
con mil arriquis,
molduras de ocre
que al reloj aliñen.
Algun as de oro
de horario fiel sirve
con sus garabatos
de maravedises.
Cascabel que encierra
dos cuescos y riñen,
regula las horas
con sus retintines.
Y vense del monte
al suave declive
los valles de Arcadia,
selvas de Eritile.
Y cien tatarretes,
dedales y diges
forman maceteros,
celages al Iris:
y amaraco, azanda
y dos peregriles
dan huerto mas bello
que el Generalife.
Y aquí entre doseles
verdes camarines
las sienes reclino,
que mas no es posible:
trazo monterías
que el bosque fatiguen:
bichos son lebreles,
cocos jabalies;
y á impalpables garzas
que el ambiente hinchen
les suelto halconero,
azor y neblies.
Cometa de carta
pringada con pringue
los pringa, y en vano
quieren desasirse.
Y dejando al mirlo
que en los sauces silbe,
y dando á mi mente
alas serafines,
por rey me contemplo
Sesostris ó Giges,
sultan de sultanes,
sofi de sofies.
Sueño, fantaseo,
fabrico pensiles,
hablo con las hadas,
huello sus paisés;
allano los montes,
seco el mar y el Níger,
y fraguo poemas
que me immortalizen.
Vieja parla leo
de Alfonsos y Cides,
y los dulces cantos
de españoles cisnes.
Lengua franca aprendo
si el gobierno escribe,
y espero afirmarme
á que alguien replique.
Y cuando resuelvo
al fin fin dormirme,
mudo de bisiesto,
y grullo volvíme.
Me tomo una opiata
de dos folletines,
un sermón de Cortes
y un drama sensible,
y quedo en modorra
tan poste y tan firme,
que ni un terremoto
valdrá á revivirme.

El SOLITARIO.

LA PAGODA DE CHANTELOUP.

Chanteloup, situado á la entrada del bosque de Amboise, á corta distancia de esta ciudad, fué primitivamente un punto de reunion para los cazadores. Nada tenia aun de notable á principios del siglo XVIII.

En esta época la princesa de Ursino, deseando asegurar en Francia un lugar de retiro donde pudiera vivir independiente lejos de los disgustos que la amenazaban en la corte de España, encargó de la ejecución de su proyecto á su administrador Douvigni. Encantado este de la situación de Chanteloup, compró este terreno bajo su nombre; pero empleó en él tales sumas que descubrieron su secreto. La desgracia y



(Pagoda de Chanteloup.)

los golpes de fortuna que tuvo la princesa trastornaron de repente sus proyectos de establecimiento en Touraine. El mayordomo, hecho después el verdadero propietario de la habitación destinada para su señora, la trasmitió en 1733 al marqués de Armautieres-Confans, su yerno. El duque de Choiseul, ministro de Luis XV y gobernador de Touraine, adquirió esta posesión en 1760, como si hubiera previsto que pronto iba á necesitar para sí un punto en donde poder retirarse. Este nuevo poseedor hizo reconstruir el palacio con una magnificencia admirable, invirtiendo en él gran parte de su fortuna. Como la princesa de Ursino, no tardó en experimentar por sí mismo la inestabilidad de los destinos humanos. Sacrificado á las intrigas del duque de Aignillon, y de madama Dubarri, el señor de Chanteloup vino forzosamente á habitar su posesión. El destierro del noble ministro dió á esta estancia suntuosa un deslumbrante brillo. Sus partidarios, que eran numerosos, formaron á su alrededor una corte que parecía competir con la de Versailles. Jamás ningún poderoso caído recibió mas consuelos ni mas honores.

Después de la muerte de Mr. de Choiseul, Chanteloup vino á aumentar las posesiones del opulento duque de Penthievre. Como este nuevo dueño fuese enemigo del fausto, y tuviese por otra parte que repartir su atención entre veinte quintas á cual mas magníficas, la de Chanteloup perdió mucho esplendor. Devastada, aunque no destruida durante las borrascas de la revolución, llegó á ser propiedad de un amigo de las artes, del senador conde de Chaptal, quien momentáneamente le dió algún brillo. Mas el ilustre químico se vió obligado por reveses de la fortuna, á venderla en 1823 nuevamente, y muy pronto las obras del palacio se convirtieron en un montón de ruinas. Después de robar los materiales de esta morada suntuosa, se arrastró el arado sobre el terreno... y los demolidores pudieron contar sus beneficios.

La pagoda de que damos una vista es todo lo que ha quedado de

Chanteloup. Una anécdota poco conocida se une á la construcción de esta bella pirámide. Cuando el duque de Choiseul fué confinado á Chanteloup, compró al marqués de Effiat la hacienda de Ding-Mars, y se la dió al duque de Luines en cambio de la Bourdaisière. Su único objeto al adquirirla, si se ha de dar crédito á la crónica, era demolerla para privar á Veretz de una agradable perspectiva. Gozó tan maligno placer arrasando la villa del duque de Luines, cuyos materiales le sirvieron para la construcción de la pagoda de Chanteloup.

Esta pirámide tiene sesenta varas de elevación. Luis-Denis Lecamus fué su arquitecto. Principiada el 2 de setiembre de 1775 no se concluyó hasta 5 de abril de 1778. Se sube á su cúspide por una escalera interior. Las galerías colocadas en sus diversos pisos permiten andar alrededor y gozar libremente del magnífico panorama del Loire. Una mesa de mármol que en otro tiempo había en el primer piso contenía los nombres de todos los grandes personajes que visitaron al ex-ministro durante su destierro. La revolución ha destruido este monumento de la vanidad del constructor; pero la pagoda, que fué uno de los caprichos mas costosos, no ha sido maltratada: últimamente perteneció con el bosque de Amboise al dominio particular de Luis Felipe (1).

(1) El duque de Choiseul poseía el señorío de Amboise al mismo tiempo que el de Chanteloup. Su heredero vendieron los dos al duque de Pentievre. Habiendo sido confiscados en 1795 los bienes de este príncipe, Chaptal compró solo el de Chanteloup. El palacio con el bosque de Amboise permanecieron en el estado en que en 1815 se entregaron al duque de Orleans por la madre del duque desposeído. Asombra que el mas rico propietario de Francia haya dejado demoler un magnífico monumento contenido en sus dominios y se haya contentado con rescatar el terreno con la pagoda.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.